

Deberes

Últimamente se ha oído hablar en la prensa y en televisión de los presidentes de gobierno que tienen que hacer los deberes frente a un igual, o de deportistas que vienen de competir con los deberes hechos.

Doy por sobrentendido que cuando uno se enfrenta a un cargo público o cualquier trabajo tiene la obligación de cumplir con su deber con el dictado de la ética y bajo la vigilancia de la propia moral.

Más el significado o intencionalidad de algunas frases como “hizo los deberes que le impuso tal mandataria o jefe de gobierno”, “demostró que hizo los deberes”, o tantas similares están ligadas a la acepción tercera del Diccionario de la Real Academia de la lengua que dice: “Ejercicio que, como complemento de lo aprendido en clase, se encarga, para hacerlo fuera de ella, al alumno de los primeros grados de enseñanza”. Lo que creo, en mi humilde opinión, que se está infantilizando o dando una visión demasiado lúdica a la difícil y alta tarea de gobernar un pueblo. Los mandatarios firman acuerdos, discuten condiciones, fraguan estrategias o buscan ideas nuevas para no naufragar en un mundo cada vez más anodino.

No estamos jugando a una escuelita anticuada de castigos y obligaciones. El mundo ha entrado en una crisis de ideas y de pensamiento. Creo que pasamos un túnel, como hace tiempo escuché en sus sustanciosos comentarios a Iñaki Gabilondo, y no sabemos cómo será el mundo cuando vuelva a darnos la luz en los ojos. Estamos ante un nuevo orden mundial, que no vemos del todo y que está reorganizando la sociedad y los valores.

Más ante estos preocupantes cambios nuestros altos mandatarios internacionales no muestran preocupación, ni nos hablan de lo que pasa con claridad; más bien se entretienen en vanas ocupaciones. Se pavonean en juicios sucios, hacen declaraciones algunos presidentes como si fuesen gurús de películas baratas, algunos hablan oscuros lenguajes ininteligibles, otros centran todos males de la sociedad en el dinero. Algunos muestran demasiadas ansias de poder, algunos demuestran poco escrúpulos para escalar.

¿No se dan cuenta de que los males del mundo y de la sociedad no se centran únicamente en la economía? Han fracasado muchas doctrinas, han caído imperios, nos han asolado guerras y seguimos pensando que se puede gobernar desde la incultura y desde el despotismo, venga de donde venga.

Los pueblos se sublevan y piden paz, piden pan, claman justicia y democracia. Espero que la hipocresía de los países que nos llamamos demócratas no venda más a otros pueblos para seguir manteniendo un estatus, un poder adquisitivo, un paseo por nuestras propias vanidades, que es en lo que estamos convirtiendo la vida.

Parece que el mundo da vueltas en una misma rueda ya cansada y sucia. El gran poeta Rimbaud hablaba de la necesidad de buscar nuevas vías para el arte, no puede existir la libertad en una sociedad que jadea caduca, con una forma de pensamiento y un arte que no se comprometen con el ser humano.

Y es que la voz del mar, como inmenso jadeo
rompió tu corazón manso y tierno de niña;
y es que un día de abril, un bello infante pálido,
un loco misterioso, a tus pies se sentó.
Cielo, Amor, Libertad: ¡qué sueño, oh pobre Loca!
Te fundías en él como nieve en el fuego;
tus visiones, enormes, ahogaban tu palabra.
—Y el terrible Infinito espantó tu ojo azul.

Así la pobre Ofelia sucumbió a las eternas palabras que nos hacen caminar. La búsqueda de las eternas utopías ha hecho que la sociedad camine. Y Rimbaud finaliza el poema Ofelia con estos versos de la niña que murió por amar la libertad. Ella se reproduce en la belleza, en cada flor, en cada verso, en cada sueño de un artista.

Y el poeta nos dice que en la noche estrellada
vienes a recoger las flores que cortaste,
y que ha visto en el agua, recostada en sus velos,
a la cándida Ofelia flotar, como un gran lis.

Es esencial que los pensadores, que los artistas, que los intelectuales se comprometan con una forma de hacer política. La sociedad no puede progresar sin un sustento en el pensamiento. Los faros se están apagando. Es urgente que la luz comience a alumbrar a los seres humanos.

No podemos seguir gobernados por mediocridad, no podemos seguir apegados a los sentimientos más vulgares, no podemos seguir pensando que no es necesario el compromiso.

El arte es una balsa de palabras ardientes para salvarnos de un naufragio en un turbio mar de avaricias desatadas, de ambiciones y traiciones. Y el poeta es ese faro que ha de comprometerse, que ha de gritar. Y los políticos están obligados a escuchar a los que tienen las ideas, a los que buscan más allá de lo prosaico.

El poeta Agustín Millares habló, gritó que la poesía es hablar de la verdad del ser humano y de la vida, la poesía es un arma, un valor ante el poder.

El poeta es el grito que libera la tierra
la primera montaña que divisa la aurora
la campana que toca la canción de la hora
el primer corazón que lastima la guerra.

Colocado en vanguardia sin que nunca desate
su unidad con los pueblos su visión del conjunto
el poeta es el hombre que primero está a punto
para hacerse con bríos a la mar del combate.

El poeta es el pueblo que a morir se resiste
en la súbita noche donde todo se olvida.
Donde no hay libertad no hay poeta con vida.
Ningún pájaro vuela donde el aire no existe.

Y el ser humano necesita volar, necesita la vida. Pero las ideas son el alimento verdadero del ser humano. Para poder caminar es imprescindible la utopía, el pensamiento.